

# **Eucaristía después de la bendición de las obras realizadas en el templo parroquial y recepción de la Soledad Gloriosa**

31 de Agosto de 2014, S. I. Castalla

Queridos hermanos, hemos oído en el Evangelio que acabamos de escuchar unas palabras de Jesús que tienen una gran importancia. Él habla que va camino de Jerusalén para entregarse totalmente, y es tan fuerte lo que dice de su entrega y de su cruz que hasta el mismo San Pedro se queda impresionado; pero cabe recordar que en sus palabras el Señor no termina con palabras acerca del dolor y de la cruz, sino que su última afirmación es la resurrección. Es evidente que todos nosotros, los seres humanos, deseamos llegar a la vida, a la gloria, a la eternidad, ser felices. Queremos llegar a estar con el Señor, esa es la meta.

Pero luego está el camino hasta esa meta. Es como en esa imagen muy propia de estos meses de verano y que hemos visto en la televisión tantas veces: el Camino de Santiago. Santiago, el Pórtico de la Gloria que viene a ser el punto final, la meta hacia la cual se hace el camino, y antes está el peregrinaje con sus inconvenientes, con problemas de salud, de tiempo, de dinero, de compañía, de tantas cosas... Ese camino, el de Santiago, es todo un símbolo de nuestra vida con las cosas buenas y malas, con las alegrías y las penas y que tiene como meta la gloria. El Pórtico de la Gloria del Maestro Mateo, como símbolo del final del camino, donde está como centro precisamente Jesús.

Nosotros también queremos llegar a la meta, a la gloria, a la luz, a la eternidad. Pero el Señor sobre todo en el Evangelio de hoy lo que hace es recordarnos que la humildad, la entrega, la cruz, llevándola como Él, es el camino para llegar a esa resurrección y a esa gloria. Por tanto madurez

cristiana, que yo os animo a que la revivamos, es tener muy vivo y muy claro el fin de la vida, del camino. Todo no termina aquí. El Papa Francisco cuando habla de la circunstancia, en *Evangelii Gaudium*, del momento en que vivimos, cuando habla de la secularización y de que el hombre de hoy ha perdido la perspectiva de la trascendencia, se que ha borrado el cielo y el infierno de un plumazo. Al final del Evangelio de hoy lo recordáis, las últimas palabras de Jesús son que el Hijo del Hombre vendrá a juzgar y a dar a cada uno lo que le corresponde, hay un final en el que tenemos que responder, que no hay que mirar con miedo, sino con esperanza, pero en tal de que el camino de la vida sea un camino de entrega, de generosidad, no de egoísmo, no de vivir uno para él, no de hacerse uno el centro en la familia, en el trabajo, en los amigos, en las relaciones, sino como Jesús, que fue el hombre para los demás, entregó su vida totalmente.

María a la que tanto queremos fue en definitiva como su Hijo: hacer la voluntad del Padre, entregarse totalmente, decirle que sí, confiar en Él, sufrir mucho. Que bonito el título que tenéis para Ella: la Soledad Gloriosa, porque junta en sí mismo esas dos caras de la vida cristiana: el dolor y el gozo, la prueba y la resurrección, la dificultad y la victoria sobre esta dificultad. La soledad pero llena de la luz, de la gloria, del amor que Jesucristo depositó con amor en su Madre.

Por tanto, la madurez de fe, de saber que hay una meta, de saber que todo lo que vivimos aquí es relativo, ayuda a que las personas no «cojamos sofocos de muerte», haciendo montañas en las relaciones humanas,... la fe, saber que vivimos de paso siendo peregrinos, nos ayuda a relativizar, a mirar desde Dios con cierta distancia y perspectiva las cosas de la vida dando importancia a lo que la tiene. A menudo en nuestra cultura hemos dado importancia a ciertas cosas que son secundarias y para las fundamentales, como Dios, no tenemos tiempo y así nos va. Tenemos muchas cosas, pero quizá no somos felices. Jesús mismo nos decía de qué

le sirve a un hombre ganar el mundo entero si se pierde. Hoy lo vemos en la corrupción, que lleva a la desgracia ya que estaban las realidades públicas vacías porque eran una mentira. ¿Queréis vivir en la mentira? Jesús nos habla del camino de la verdad que es darle importancia a Dios, a las personas, al amor, a la autenticidad de las cosas, a la honradez, y dar poca importancia a cosas que nos matan día a día a cada uno de nosotros. Las palabras de Jesús en el Evangelio son una lección de sabiduría preciosa.

Yo os aconsejo que la asimilemos sin leer con temor «el que quiera venirse conmigo que cargue con su cruz» ya que la cruz es amor, es muerte pero a uno mismo para vivir para los demás, por ello dice Él «si el grano de trigo no cae en tierra y muere no da fruto». Cuando uno en la vida quiere guardarse, mirando la salud, viendo como está, el peso, la figura, la imagen, se pierde...hay que ser felices sin ser tan esclavos de tantas cosas que nos hacen perder el tiempo. Es una página de mucha sabiduría el Evangelio que acabamos de escuchar.

Quisiera hacer dos referencias que son precisas: La Mare de Déu y la fiesta que estáis comenzando. Es preciosa la coincidencia de haber bendecido estas obras y haber traído la Mare de Déu de la Soledad Gloriosa aquí, a su casa, a la de su Hijo y a la de toda su familia, que somos nosotros. Que bonito que es el título de la Soledad Gloriosa. Hace referencia precisamente a esos temas que justamente hoy la Palabra de Dios nos ofrecía. El mismo Jesús, la cruz y la resurrección. La Mare de Déu, su soledad al final no fue una soledad de estar sola, sino de estar llena de la gloria de su Hijo, que hace participar a María, la primera, de su resurrección. Yo le pido a ella que la sintáis vosotros cada uno, que entre en el corazón y venga a remediar, a poner luz donde hay oscuridad, paz donde haya guerra, unión en la división,... Que ella sea de verdad el modelo y la Madre de Castalla, de cada uno de los que estamos aquí. Yo

ofrezco la Misa pidiéndole a Ella que especialmente venga a remediar, a ayudar heridas, problemas, a tanta gente que está aquí o no, que me está escuchando por la televisión o la radio, personas que desde casa están siguiendo esta Misa sintáis que Ella viene a vuestra vida y que quiero que le pidamos que a las familias de Castalla la Mare de Déu les llene de paz, de serenidad, de mirar con ojos nuevos un momento difícil a veces por la crisis, el trabajo, temas de familia o de salud. Ofrezcamos una gran plegaria a la Mare de Déu por todas las casas, los enfermos y las personas necesitadas, las familias que necesitan algo más.

Finalmente decir que la fiesta la viváis mucho. Yo creo que para los que somos de esta tierra el tema de la fiesta es muy importante. Yo creo que nuestros pueblos y nuestra gente son gente muy trabajadora, con mucha iniciativa y a la vez que le gusta mucho la fiesta, porque es de un carácter sociable, de salir a la calle, de comunicarse. No sabemos ser felices solos, necesitamos a los demás, siendo así la fiesta circunstancia de encuentro entre vosotros, de hacer paz, de quereros, de veros juntos, de reiros juntos, unas fiestas, las del 2014 que no volverán, por lo que tenéis que disfrutarlas «a tope».

Vividlas como lo que son, fiestas de una gran raíz cristiana, no permitáis que nadie se cargue la identidad cristiana, los orígenes, la raíz, la esencia creyente y de fe donde nacen nuestras fiestas. Esa identidad es nuestra realidad más honda y que además nos conectan no sólo con los que están, sino con los que están ya con el Señor. Son días de recordar a los abuelos, a los padres difuntos, a todas las personas que más hemos querido y ya están en el cielo con nuestro Padre esperándonos.

Que tengáis una fiesta preciosa, que esta restauración que habéis hecho sea un signo e invitación a esa restauración interior que quizá hace tanta falta en nuestra parroquia, en nuestro grupos y en cada uno de nosotros. Comencemos una Iglesia nueva, misionera, ilusionada, alegre,

que sale, que no se cierra, que no se asusta, que transmite, que contagia, todo eso lo tenemos que hacer contando con la protección de la Mare de Déu de la Soledad Gloriosa. Que ella nos bendiga y os de en estos días mucha paz, mucha felicidad. Así sea.

**+ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante